

17 CUENTOS
TURBULENTOS

POR LOS AIRES



EDITADO POR

STEPHEN KING
Y
BEV VINCENT

Arthur Conan Doyle & Richard Matheson & Ambrose Bierce & E. C. Por Tubb & Tom Bissell & Dan Simmons & Cody Goodfellow & John los Varley & Joe Hill & David J. Schow & Ray Bradbury & Bev Vincent & airesRoald Dahl & Peter Tremayne & Stephen King & James Dickey & E. Michael Lewis

¿Qué tienen en común *Sir Arthur Conan Doyle*, *Roald Dahl*, *Ambrose Bierce*, *Ray Bradbury* y *Stephen King*? Pues que a ninguno de ellos le hace mucha gracia eso de tomar un avión.

El presente libro reúne diecisiete narraciones breves que nos recuerdan todo lo que puede salir mal cuando uno está suspendido a nueve mil metros de altura, atravesando a toda velocidad el espacio y encerrado en un tubo metálico (¡como en un ataúd!) junto a cientos de extraños. Por los aires nos descubre todas las maneras por las que tu viaje por los cielos puede convertirse en una auténtica pesadilla, incluyendo algunas en las que nunca habías pensado..., pero que seguro cruzarán tu mente la próxima vez que te acerques a un aeropuerto.

Esta antología, que incluye dos relatos inéditos de *Joe Hill* y el propio *King*, es, en palabras del rey del terror, «una lectura ideal para el avión... especialmente durante los descensos tormentosos».

Arthur Conan Doyle & Richard Matheson & Ambrose Bierce & E. C. Por Tubb & Tom Bissell & Dan Simmons & Cody Goodfellow & John los Varley & Joe Hill & David J. Schow & Ray Bradbury & Bev Vincent & airesRoald Dahl & Peter Tremayne & Stephen King & James Dickey & E. Michael Lewis

La presente antología está dedicada a todos aquellos pilotos, reales o ficticios, que aterrizaron sus aviones tras un vuelo angustioso e hicieron posible que sus pasajeros llegaran a casa sanos y salvos. La lista incluye a:

Wilbur Wright
Chesley Sullenberger
Tammie Jo Shults
Vernon Demerest
Robert Pearson
Eric Gennotte
Tim Lancaster
Min-Huan Ho
Eric Moody
Peter Burkill
Bryce McCormick
Robert Schornstheimer
Richard Champion de Crespigny
Robert Piché
Brian Engle
Ted Striker

INTRODUCCIÓN

En este mundo moderno gobernado por la tecnología, ¿de verdad existe gente a la que le guste volar? Por difícil que resulte de creer, estoy convencido de que sí: los pilotos, la mayoría de los niños (menos a los bebés; los cambios de presión los alteran) y los variopintos entusiastas de la aeronáutica. Y eso es todo. Para el resto de los mortales, los viajes en aviones comerciales poseen el encanto y la emoción de un examen colorrectal. Los aeropuertos de hoy en día tienden a ser zoológicos atestados donde la paciencia, la cortesía y los buenos modales se ponen a prueba y se tensan al límite. Los vuelos se retrasan y se cancelan, los equipajes se arrojan de un lado a otro como sacos llenos de judías y, en numerosas ocasiones, no llegan a los pasajeros, que ansían desesperadamente una camisa limpia o al menos una muda de ropa interior.

Si tienes un vuelo a primera hora de la mañana, que Dios te ayude. Ello implica levantarte de la cama a las cuatro de la madrugada para soportar un proceso de facturación y embarque tan tortuoso y cargado de tensión como una huida de un pequeño y corrupto país sudamericano en 1954. ¿Tienes el pasaporte? ¿Te has acordado de meter el champú y el acondicionador del pelo en frasquitos transparentes? ¿Estás preparado para descalzarte y para que tus diversos dispositivos electrónicos sean irradiados? ¿Estás seguro de que no te ha hecho la maleta otra persona y de

Arthur Conan Doyle & Richard Matheson & Ambrose Bierce & E. C. Por Tubb & Tom Bissell & Dan Simmons & Cody Goodfellow & John los Varley & Joe Hill & David J. Schow & Ray Bradbury & Bev Vincent & airesRoald Dahl & Peter Tremayne & Stephen King & James Dickey & E. Michael Lewis

que nadie más ha tenido acceso a ella? ¿Estás listo para someterte a un escáner de cuerpo entero y, quizá, para aguantar que encima te cacheen las partes íntimas? ¿Sí? Bien. Sin embargo, cabe la posibilidad de que aún descubras que ha habido sobreventa de billetes en tu vuelo, que este se ha retrasado por problemas mecánicos o debido a las condiciones meteorológicas, o que tal vez se haya cancelado por culpa de un colapso informático. Además, que los hados te asistan si figuras en la lista de espera; tendrás más posibilidades de que te toque un billete de lotería.

Tras superar estos obstáculos, entras por fin en lo que uno de los autores de esta antología describe como «un cascarón de muerte». Quizá lo consideres un pelín exagerado, por no decir contrario a la realidad. Concedido. Las aeronaves comerciales se incendian raras veces (aunque todos hemos visto inquietantes grabaciones hechas con móviles de motores escupiendo fuego a nueve mil metros de altitud) y solo en casos contados volar es causa de muerte (las estadísticas indican que es más probable que mueras al cruzar la calle, sobre todo si eres de esos pobres idiotas que caminan con los ojos fijos en el móvil). Aun así, lo cierto es que penetras en lo que en esencia no es más que un tubo lleno de oxígeno que descansa sobre varias toneladas de combustible altamente inflamable.

Una vez que ese tubo de metal y plástico se cierra herméticamente (como —traga saliva— un ataúd), abandona la pista de despegue y proyecta tras de sí la estela de su sombra menguante, solo puede afirmarse una cosa con certeza, una cosa que no sabe de estadísticas: todo lo que sube baja. La gravedad así lo exige. Las únicas incógnitas son dónde, por qué y en cuántos pedazos, siendo uno la cantidad ideal. Si el reencuentro con la madre tierra se produce en una pista de cemento (con suerte en tu destino, pero cualquier superficie pavimentada servirá en caso de necesidad), todo habrá ido bien. Si no, las probabilidades matemáticas de sobrevivir caen en picado. Eso también es un hecho es-

Arthur Conan Doyle & Richard Matheson & Ambrose Bierce & E. C. Por Tubb & Tom Bissell & Dan Simmons & Cody Goodfellow & John los Varley & Joe Hill & David J. Schow & Ray Bradbury & Bev Vincent & airesRoald Dahl & Peter Tremayne & Stephen King & James Dickey & E.

Michael Lewis

tadístico; un hecho, además, que hasta el viajero más curtido debe de contemplar cuando su vuelo atraviesa turbulencias de aire claro a nueve mil metros de altitud.

En momentos así no tienes ningún control sobre la situación. No puede hacerse nada constructivo excepto volver a comprobar que te has abrochado el cinturón mientras los platos y botellas traquetean en la cocina y los compartimentos superiores se abren y los niños lloran y el desodorante te abandona y por los altavoces se oye la voz de un auxiliar de vuelo que dice: «El comandante les ruega que permanezcan en sus asientos». Mientras el abarrotado tubo de metal cabecea y alabea, tiembla y chirría, dispones de tiempo para reflexionar sobre la fragilidad de tu propio cuerpo y sobre esa única verdad irrefutable: volverás a bajar sí o sí.

Tras haberte dado ya algo sobre lo que pensar durante tu próxima travesía por los cielos, permíteme que formule una cuestión pertinente: ¿existe alguna actividad humana, la que sea, más apropiada para una colección de relatos de terror y suspense como la que tienes ahora en la mano? No lo creo, damas y caballeros. Lo incluye todo: claustrofobia, acrofobia, pérdida del libre albedrío. Nuestras vidas penden siempre de un hilo, pero eso nunca se percibe con tanta claridad como durante el descenso hacia el aeropuerto de La Guardia a través de una espesa capa de nubes y una intensa lluvia.

En lo personal, este editor ha mejorado mucho como pasajero. Gracias a mi carrera de novelista, durante los últimos cuarenta años he volado bastante y, hasta más o menos 1985, me aterraba de verdad. Entendía la teoría de la sustentación y todas las estadísticas de seguridad, pero ninguna de las dos cosas ayudaba. Parte de mi problema provenía de un deseo (que todavía albergo) de tener el control de cada situación. Me siento seguro al volante de un coche porque me fío de mí. Pero de ti... no tanto (lo lamento). Cuando te subes a un avión y ocupas tu asiento, cedes el

Arthur Conan Doyle & Richard Matheson & Ambrose Bierce & E. C. Por Tubb & Tom Bissell & Dan Simmons & Cody Goodfellow & John los Varley & Joe Hill & David J. Schow & Ray Bradbury & Bev Vincent & airesRoald Dahl & Peter Tremayne & Stephen King & James Dickey & E.

Michael Lewis

control a personas que no conoces, a las cuales quizá jamás hayas visto.

Lo peor, para mí, radica en el hecho de haber afilado mi imaginación a lo largo de los años. Eso viene bien cuando me siento ante mi escritorio a inventar historias en las que unos sucesos terribles les acontecen a buenas personas, pero no tanto cuando me hallo prisionero en un avión que enfila la pista de despegue, vacila y luego sale disparado a velocidades que se considerarían suicidas en el coche familiar.

La imaginación es una navaja de doble filo y, en aquellos días en que por trabajo empezaba a volar con frecuencia, resultaba demasiado fácil cortarme con ella. Demasiado fácil pensar en la cantidad de piezas móviles del motor que veía al otro lado de la ventanilla, tantas que parecía casi inevitable que la armonía entre ellas se quebrara. Demasiado fácil preguntarse —en realidad, imposible no hacerlo— qué significaba cada pequeña variación en el ruido de esas turbinas o por qué el avión cambiaba de repente de rumbo y provocaba así que la superficie de la Pepsi en el vasito de plástico también se inclinara (¡y de forma alarman- tel!).

Si el comandante se daba un paseo para charlar con los pasajeros, dudaba de las aptitudes del copiloto (no podía estar tan cualificado, ¿verdad?, o no sería el componente redundante). Quizá el aparato navegara en piloto automático, pero ¿y si de pronto se desconectaba mientras el comandante hablaba con alguien sobre las opciones de los Yankees y el avión empezaba a caer en picado? ¿Y si se soltaban los cierres de la bodega de equipajes? ¿Y si el tren de aterrizaje se congelaba? ¿Y si una ventanilla defectuosa, pero aprobada por un empleado de control de calidad que estaba pensando entonces en su novia, estallaba? Ya puestos, ¿y si impactaba un meteorito contra nosotros y la cabina se despresurizaba?

Arthur Conan Doyle & Richard Matheson & Ambrose Bierce & E. C. Por Tubb & Tom Bissell & Dan Simmons & Cody Goodfellow & John los Varley & Joe Hill & David J. Schow & Ray Bradbury & Bev Vincent & airesRoald Dahl & Peter Tremayne & Stephen King & James Dickey & E. Michael Lewis

Entonces, a mediados de los años ochenta, la mayoría de esos miedos se diluyeron gracias a sufrir una experiencia cercana a la muerte tras despegar del aeródromo de Farmingdale, Nueva York, con destino a Bangor, Maine. Estoy seguro de que habrá un montón de personas ahí fuera —algunas quizá leyendo ahora este libro— que han vivido sus propios sustos aéreos y todo tipo de situaciones, desde trenes de aterrizaje que se parten hasta aviones que patinan en pistas congeladas, pero en mi caso, si hubiera sido un poco más cercana a la muerte, no lo habría contado.

Era última hora de la tarde. El cielo estaba despejado. Había fletado una avioneta Lear 35, que durante el despegue producía la impresión de tener un cohete atado al culo. Había volado muchas veces en esa Lear en concreto. Conocía y confiaba en los pilotos, ¿y por qué no iba a hacerlo? El que se sentaba a la izquierda había empezado pilotando cazas en Corea, había sobrevivido a decenas de misiones de combate y llevaba volando desde entonces. Llevaba decenas miles de horas de vuelo. Saqué una novela y una revista de crucigramas, mientras preveía una travesía tranquila y una bonita reunión con mi mujer, mis hijos y el perro de la familia.

Ascendimos a dos mil metros y me estaba planteando si podría convencer a los míos para ir a ver una película esa noche cuando la avioneta pareció estrellarse contra una pared de ladrillos. En ese instante tuve la certeza de que habíamos colisionado en pleno vuelo y que los tres ocupantes del aparato —los dos pilotos y yo— íbamos a morir. La pequeña cocina se abrió de sopetón y vomitó su contenido. Los cojines de los asientos vacíos salieron despedidos. La avioneta se escoró..., se escoró un poco más... y luego se dio la vuelta del todo. Esa parte solo la sentí, porque no llegué a verla. Tenía los ojos cerrados. Mi vida no desfiló ante mí. No pensé: «Pero si me quedaban muchas cosas por hacer». No hubo ninguna sensación de aceptación (ni de ne-

Arthur Conan Doyle & Richard Matheson & Ambrose Bierce & E. C. Por Tubb & Tom Bissell & Dan Simmons & Cody Goodfellow & John los Varley & Joe Hill & David J. Schow & Ray Bradbury & Bev Vincent & airesRoald Dahl & Peter Tremayne & Stephen King & James Dickey & E. Michael Lewis

gación, para el caso). Solo la seguridad de que había llegado mi hora.

Entonces la avioneta se niveló. Desde la cabina de mando, el copiloto gritó: «¡Steve! ¡Steve! ¿Va todo bien ahí atrás?».

Contesté que sí. Miré el revoltijo del pasillo, que incluía sándwiches, una ensalada y una porción de tarta de queso con fresa por encima. Miré las máscaras amarillas de oxígeno que colgaban de los compartimentos superiores. Pregunté —con admirable tranquilidad— qué había ocurrido. Los dos hombres de mi tripulación lo ignoraban, aunque sospechaban, y más tarde lo confirmaron, que habíamos estado a punto de chocar con un Delta 747, cuyos gases de escape nos habían atrapado y nos habían zarandeado como a un avión de papel en un vendaval.

En los veinticinco años transcurridos desde entonces he aprendido a tomarme los viajes en avión con más optimismo, tras haber experimentado de primera mano la cantidad de trauma que pueden soportar las aeronaves modernas y la calma y eficiencia con las que los buenos pilotos (que son la mayoría) manejan la situación a la hora de la verdad. Uno me dijo: «Entrenas y entrenas una y otra vez para que, cuando seis horas de aburrimiento absoluto se conviertan en doce segundos de máximo peligro, sepas exactamente qué hacer».

En los relatos que se presentan a continuación encontrarás de todo, desde un duende encaramado al ala de un 727 hasta monstruos transparentes que viven muy por encima de las nubes. Encontrarás viajes en el tiempo y aviones fantasma. Sobre todo experimentarás esos doce segundos de máximo peligro, cuando las peores cosas que puedan salir mal en el aire *salen mal*. Encontrarás claustrofobia, cobardía, terror y actos de valentía. Si planeas viajar pronto en avión, ya sea con Delta, American, Southwest o cualquier otra aerolínea, acepta un consejo y mete en la maleta un libro de John Grisham o de Nora Roberts en vez de es-

Arthur Conan Doyle & Richard Matheson & Ambrose Bierce & E. C.
Por Tubb & Tom Bissell & Dan Simmons & Cody Goodfellow & John
los Varley & Joe Hill & David J. Schow & Ray Bradbury & Bev Vincent &
airesRoald Dahl & Peter Tremayne & Stephen King & James Dickey & E.
Michael Lewis

te. Y, aunque en tierra firme estés a salvo, te convendría
abrocharte el cinturón.

Porque el viaje va a ponerse feo.

STEPHEN KING

2 de noviembre de 2017

Arthur Conan Doyle & Richard Matheson & Ambrose Bierce & E. C. Por Tubb & Tom Bissell & Dan Simmons & Cody Goodfellow & John los Varley & Joe Hill & David J. Schow & Ray Bradbury & Bev Vincent & airesRoald Dahl & Peter Tremayne & Stephen King & James Dickey & E. Michael Lewis

CARGAMENTO

E. Michael Lewis

E. Michael Lewis, que pilotará nuestro vuelo inaugural, estudió Escritura Creativa en la Universidad de Puget Sound y vive en el Noroeste del Pacífico. Permite que su jefe de carga te acompañe a bordo de un Lockheed C-141A StarLifter (como el exhibido en el Museo del Aire McChord, del que se rumorea que está embrujado) a punto de despegar de Panamá con destino a Estados Unidos. El StarLifter es una bestia de carga en distancias cortas y es capaz de transportar hasta treinta toneladas. Puede llevar un centenar de paracaidistas, ciento cincuenta tropas de combate, camiones y *jeeps*, e incluso misiles balísticos Minuteman. También mercancías más pequeñas. Ataúdes, por ejemplo. Hay historias que te hielan la sangre, pero he aquí una que se te aferrará a la espina dorsal y reptará, centímetro a centímetro, hasta el cerebro, donde se quedará durante mucho, mucho tiempo.

Bienvenido a bordo.

Noviembre de 1978

He soñado con el cargamento. Miles de cajas abarrotaban la bodega del avión, todas fabricadas con madera de pino sin tratar, de la clase que te clava astillas a través de los

Arthur Conan Doyle & Richard Matheson & Ambrose Bierce & E. C. Por Tubb & Tom Bissell & Dan Simmons & Cody Goodfellow & John los Varley & Joe Hill & David J. Schow & Ray Bradbury & Bev Vincent & airesRoald Dahl & Peter Tremayne & Stephen King & James Dickey & E.

Michael Lewis

guantes de trabajo. Estaban estampadas con números incognoscibles y extraños acrónimos que irradiaban ferozmente una tenue luz roja. Se suponía que las cajas contenían neumáticos de *jeep*, pero algunas eran grandes como casas; otras, pequeñas como bujías; la mayoría estaban bien amarradas a los palés con correas que parecían sacadas de una camisa de fuerza. Intenté comprobarlas todas, pero había demasiadas. Las cajas se movieron, como si se arrastraran, y entonces se derrumbaron sobre mí. No logré alcanzar el interfono para avisar al piloto. La carga me estrujaba con un millar de dedos afilados mientras el avión cabeceaba, exprimiéndome la vida aun mientras caíamos en picado, aun mientras nos estrellábamos, y ahora el interfono emitía un chillido. Pero también se oía otro ruido, que procedía de la caja junto a mi oreja. Algo forcejeaba en su interior, algo húmedo y profanado, algo que yo no quería ver, algo que quería salir.

Se transformó en el repiqueteo de un sujetapapeles contra el armazón metálico de mi litera en la residencia de tripulantes. Abrí los ojos de golpe. El aviador —nuevo en el país, a juzgar por el sudor que le ribeteaba el cuello— me escrutaba sosteniendo la carpeta entre nosotros, como si tratara de decidir si yo era de aquellos que le arrancaban a uno la cabeza por hacer su trabajo.

—Sargento Davis —dijo él—, le necesitan en la línea de vuelo de inmediato.

Me incorporé y me desperecé. Me entregó la carpeta y el manifiesto sujeto a ella: un HU-53 desmontado, con tripulación de vuelo, maquinaria y personal de apoyo médico destinado a... un sitio nuevo.

—¿El aeropuerto de Timehri?

—En las afueras de Georgetown, Guyana. —Reparó en mi semblante inexpresivo y prosiguió—: Es una antigua colonia británica. Timehri era antes la base aérea Atkinson.

—¿Cuál es la misión?

Arthur Conan Doyle & Richard Matheson & Ambrose Bierce & E. C. Por Tubb & Tom Bissell & Dan Simmons & Cody Goodfellow & John los Varley & Joe Hill & David J. Schow & Ray Bradbury & Bev Vincent & airesRoald Dahl & Peter Tremayne & Stephen King & James Dickey & E. Michael Lewis

—Una especie de evacuación médica masiva de expatriados de un lugar llamado Jonestown.

Norteamericanos en problemas. He pasado buena parte de mi carrera en las fuerzas aéreas rescatando estadounidenses. Dicho lo cual, salvarles el culo resultaba muchísimo más satisfactorio que transportar neumáticos de *jeeps*. Di las gracias al aviador y me apresuré a enfundarme en un uniforme limpio.

Tenía ganas de disfrutar de otro día de Acción de Gracias panameño en la base aérea Howard: treinta grados, pavo y relleno de la cantina, fútbol americano en la radio de las fuerzas armadas y suficiente tiempo sin rotaciones de vuelo para poder pasarlo bien y emborracharme. Los vuelos que llegaban desde Filipinas eran rutinarios y ni los pasajeros ni la carga daban problemas. Y ahora esto.

Las interrupciones constituían algo a lo que un jefe de carga terminaba acostumbrándose. El StarLifter C-141 era el avión de carga y transporte de tropas más grande del mando aéreo militar, con capacidad para trasladar a cualquier parte del mundo treinta mil kilos de carga o doscientos hombres listos para el combate. Largas como medio campo de fútbol americano, las alas en flecha, fijadas en la parte superior, se abatían sobre la pista como las de un murciélago. Con una cola en T, compuertas traseras que se abrían como pétalos y una rampa incorporada, el StarLifter no tenía rival cuando se trataba de trasladar mercancías. En parte auxiliar de vuelo, en parte agente de mudanzas, mi trabajo consistía en estibar y asegurar la carga lo máximo posible.

Con todo a bordo, y ya completadas las hojas de peso y centrado, el mismo aviador de antes me encontró abroncando a la tripulación panameña de tierra por haber arañado el almacén de la nave.

—¡Sargento Davis! Cambio de planes —gritó por encima del gemido de la carretilla elevadora. Me entregó otro manifiesto.

Arthur Conan Doyle & Richard Matheson & Ambrose Bierce & E. C. Por Tubb & Tom Bissell & Dan Simmons & Cody Goodfellow & John los Varley & Joe Hill & David J. Schow & Ray Bradbury & Bev Vincent & airesRoald Dahl & Peter Tremayne & Stephen King & James Dickey & E.

Michael Lewis

—¿Más pasajeros?

—Nuevos pasajeros. El equipo médico se queda aquí.

—Agregó algo ininteligible sobre un cambio en la misión.

—¿Quién es esta gente?

De nuevo tuve que aguzar el oído. O quizá lo oyera bien y, con el corazón encogido, quería que lo repitiera. Quería haber oído mal.

—Registro de tumbas —gritó.

Era lo que creía que había dicho.

Timehri era el típico aeropuerto tercermundista, largo como para acoger un 747, pero sembrado de baches y con una extensión de cobertizos herrumbrosos de acero corrugado. Parecía como si hubieran hecho retroceder la linde de la selva que rodeaba el terreno tan solo una hora antes. Los helicópteros zumbaban y un enjambre de militares estadounidenses pululaba por la pista. Entonces comprendí lo mala que debía de ser la situación.

Al bajar del pájaro, el calor que se elevaba desde el asfalto amenazó con derretirme las suelas de las botas antes incluso de que pudiera colocar las cuñas de las ruedas. Se aproximó un equipo de tierra formado por soldados estadounidenses ansiosos por descargar y ensamblar el helicóptero. Uno de ellos, con la camiseta atada a la cintura y el torso desnudo, me entregó un manifiesto.

—No se ponga demasiado cómodo —me advirtió—. En cuanto despejemos el helicóptero, empezaremos a cargar. —Señaló a su espalda con un gesto de la cabeza.

Miré por encima de su hombro hacia la reluciente pista de rodaje. Ataúdes. Hileras e hileras de monótonas cajas funerarias de aluminio destellaban bajo el implacable sol tropical. Los reconocí de mis vuelos de Saigón seis años antes, mis primeras misiones como jefe de carga. Quizá se me removieran las entrañas por la falta de descanso o quizá porque hacía años que no transportaba un fiambre. Aun

Arthur Conan Doyle & Richard Matheson & Ambrose Bierce & E. C. Por Tubb & Tom Bissell & Dan Simmons & Cody Goodfellow & John Varley & Joe Hill & David J. Schow & Ray Bradbury & Bev Vincent & Roald Dahl & Peter Tremayne & Stephen King & James Dickey & E.

Michael Lewis

así, me costó tragar saliva. Comprobé el punto de destino: Dover, Delaware.

El personal de tierra instalaba una nueva unidad de servicio cuando me enteré de que tendríamos dos pasajeros en el siguiente vuelo.

El primero era un chaval, con aspecto de recién salido del instituto, cabellos negros erizados y un uniforme de faena almidonado que le quedaba demasiado grande; lucía el rango de aviador de primera.

—Bienvenido a bordo —le dije, y me dispuse a ayudarlo a franquear la puerta de tripulantes, pero se apartó con un respingo y a punto estuvo de golpearse en la cabeza contra el dintel. Creo que, si hubiera habido espacio suficiente, habría retrocedido de un brinco. Me llegó su olor, fuerte y medicinal: Vicks Vaporub.

Detrás de él, y también sin ayuda, embarcó una enfermera de vuelo, seca y profesional en sus pasos, vestimenta y maneras. La reconocí como parte de uno de los grupos que había transportado en mis primeros días desde Clark, en Filipinas, a Da Nang y viceversa. Una teniente de cabellos plateados y ojos de acero. Había sido muy específica — y más de una vez— al señalar que cualquier zoque analfabeto desempeñaría mi trabajo mejor que yo. El nombre en su uniforme rezaba PEMBRY. Tocó al chico en la espalda y lo guio hasta los asientos pero, si me reconoció, no dijo nada al respecto.

—Siéntense donde quieran —les indiqué—. Soy el sargento Davis. Despegaremos en menos de media hora, conque pónganse cómodos.

El chico se detuvo en el acto.

—No me lo avisó —le dijo a la enfermera.

La bodega de un StarLifter es casi como el interior de una sala de calderas: todos los conductos de calefacción, refrigeración y presión están expuestos, a diferencia de los